



# **CRISIS DE LA MODERNIDAD, ECONOMÍA SOLIDARIA Y CULTURAS ANDINAS**

**Luis Razeto M.**



IECTA - Iquique  
2004

# **CRISIS DE LA MODERNIDAD, ECONOMÍA SOLIDARIA Y CULTURAS AN- DINAS.**

*Clase magistral dictada por el prof. Luis Razeto M. en la inauguración de la Sede Iquique de la Universidad Bolivariana, en mayo de 2003.*



© IECTA

Autor: Luis Razzeto M.

Título: CRISIS DE LA MODERNIDAD, ECONOMÍA  
SOLIDARIA Y CULTURAS ANDINAS.

Edición: IECTA-Iquique

Casilla 135 - Iquique - Chile

Primera edición: 2003

Impresión: imagen digit@l;

Policarpo Toro 0282 - Tocopilla - Chile

Hecho en Chile

En ocasión de este acto académico solemne en que iniciamos formalmente las actividades de la sede Iquique de la Universidad Bolivariana, atendiendo al nombre bolivariano y al ideario y misión de nuestra casa de estudios, quiero invitarles a trascender la coyuntura y el entorno cotidiano, para elevarnos a un punto de vista desde el cual apreciar el presente en la perspectiva del tiempo histórico largo de las épocas y civilizaciones, y extendiendo la mirada sobre la realidad latinoamericana en su conjunto.

Es desde este especial punto de observación que apreciamos los procesos que dan el título a esta exposición: la actualidad como crisis de la modernidad; el futuro como esperanza de una economía de solidaridad y trabajo que es parte de una civilización solidaria; y el pasado más relevante como la cultura y los modos de ser de los pueblos andinos.

### **La crisis de la civilización moderna.**

Si de algún modo, en efecto, se intenta caracterizar cualquiera de los ámbitos de la vida social, económica e institucional de nuestro presente histórico, la palabra crisis es la que primero e inevitablemente nos viene a la mente. Se habla así de la crisis económica, de la crisis social, de la crisis ética y valórica, de la crisis de gobernabilidad, de la crisis de las instituciones, etc.

Pero ¿qué es lo que ocurre, en qué estamos, cuáles son los desafíos que debemos enfrentar, en nuestra América Latina?

Pienso que basta recorrer las últimas décadas de la historia de nuestros países, y extender la mirada sobre la situación actual de la gran mayoría de ellos, para comprender que ya no cabe continuar simplemente hablando de crisis (esa palabra central de todos los análisis efectuados en latinoamérica en los últimos 50 años), siendo necesario reconocer más bien que estamos ya ante el fracaso de nuestros países, al nivel de nuestros Estados nacionales y de nuestras economías. Estados con enormes e insalvables déficits fiscales, economías endeudadas por montos que no pueden razonablemente ser pagadas, aparatos productivos que mantienen desocupados o subocupados a gran parte

de la población económicamente activa, sistemas financieros y empresariales enajenados al capital foráneo, países completamente dependientes hasta para entretenernos, para no hablar de nuestra dependencia política, cultural e incluso cognoscitiva, estamos llegando a una situación en que los propios poderes mundiales de los cuales dependemos están próximos a considerarnos inviables, de excesivos riesgos, no aptos para invertir, como ya ocurrió antes con extensas regiones del continente africano.

Lo que estuvo en crisis por 50 años y que finalmente fracasó, no es otra cosa, ni nada menos, que la aplicación a América Latina de la civilización moderna, aquella civilización industrial-capitalista y nacional-estatista, que llegó a nuestro continente desde Europa y norteamérica, y que fuera implantada mediante una mezcla de fuerza y de seducción, sobre una región que para ello tuvo que vender su alma, o sea, perder su identidad y su cultura.

Conviene detenernos a considerar esta crisis al nivel de civilización, para comprender la magnitud y los alcances del desafío de superarla. En términos generales, una civilización se levanta sobre tres pilares estructurantes: a) un sistema productivo con su respectiva organización económica, que ha de garantizar la satisfacción de las necesidades y el progreso material; b) una organización institucional y política con sus correspondientes formas de gobierno y regulaciones jurídicas, que proporciona a la sociedad una forma integradora de los individuos y grupos que participan en ella; y c) una cultura que proporciona un sentido a la vida colectiva, orientaciones valóricas y éticas del comportamiento humano, y unas estructuras cognitivas que permiten comprender la realidad y sus procesos, y construir los proyectos para actuar su desarrollo y perfeccionamiento.

Pues bien, la civilización moderna en su aplicación latinoamericana, manifiesta actualmente el agotamiento de los tres pilares constituyentes. En efecto, el sistema productivo y la organización económica de la región, definibles como capitalismo dependiente, no logra garantizar la satisfacción de las necesidades básicas de la población latinoamericana, menos aún asegurar el progreso y desarrollo sostenido, mientras en

cambio mantiene en la pobreza y la indigencia a la mayoría de la población. La organización institucional y política, identificable en la región como una suerte de nacionalismo republicano que combina formas democráticas y burocráticas de integración social y construcción del orden público, ya no es capaz de generar proyectos de país motivadores, ni de asegurar los consensos sociales básicos para una gobernabilidad consensuada. Y las formas culturales que entremezclan retóricas ideológicas con saberes dependientes asumidos más o menos acríticamente desde las ciencias sociales positivistas de origen «occidental moderno», que fragmentan e institucionalizan el conocimiento, ya no están en condiciones de proporcionar adecuada comprensión de las realidades tan diversas y de los problemas tan comunes que configuran las identidades nacionales latinoamericanas, y se manifiestan cada vez menos aptos para construir proyectos histórico-políticos de largo alcance, y para encontrar soluciones eficaces a los tan urgentes problemas latinoamericanos.

De este diagnóstico del fracaso de una civilización agotada, deriva la necesidad de que el proyecto transformador y constructor se oriente en la perspectiva de una civilización nueva. El tema así planteado, trasciende todo lo que podamos decir en los pocos minutos en que podemos extender esta exposición.

Aquí solo cabe, a manera de incitación más que de conclusiones, mencionar algunos elementos que apuntan a hacer visible y digna de atención la tesis de que desarrollo de la economía de solidaridad, en América Latina, puede ser articulador de la construcción de una nueva civilización solidaria, que tiene raíces profundas en las culturas y la historia de nuestros pueblos.

Construir una nueva civilización implica encontrar una forma integradora de la vida social, en dimensiones latinoamericanas, capaz de recoger en un sistema unificado y coherente de significados, los esfuerzos de los pueblos y naciones del subcontinente orientados hacia el desarrollo económico-social y la autonomía político-cultural.

Sostenemos que la elaboración histórica de esta forma integradora latinoamericana debe proceder, no en contraposición respecto a las unidades nacionales establecidas, pero según una lógica de búsqueda completamente diferente de aquella que fue seguida en la construcción de la forma estatal-nacional. Lógica de elaboración de la forma unificante, diferente en tres aspectos esenciales:

a) A diferencia de las unidades estatal-nacionales que se constituyeron mediante la afirmación de la unidad negando las diferenciaciones, o sea mediante el ocultamiento de las particularidades étnicas, culturales, económicas internas, la unidad latinoamericana deberá buscarse y construirse a través de un proceso de recuperación de todas las diferenciaciones y de todas las complejidades, el pluralismo y la heterogeneidad estructural existente en la región en lo político, económico, demográfico y cultural.

b) Mientras en la construcción de los Estados nacionales no era posible mirar al pasado y a las tradiciones para encontrar la identidad (siendo entonces la entidad estatal-nacional algo completamente nuevo y traído desde fuera), la forma integrativa latinoamericana podrá ser individualizada y construida precisamente mediante una reinterpretación crítica de su historia desde los orígenes. Al respecto hay que reconocer que la cultura latinoamericana todavía no ha tomado plena conciencia y aceptado sus orígenes indígenas y su pasado colonial, y ello le impide alcanzar una adecuada comprensión y una justa valoración de su propia identidad.

c) Una tercera diferencia en la lógica de construcción de la forma integradora latinoamericana respecto a la forma estatal nacional se refiere al modo de alcanzar la institucionalización y de lograr la conformación de las personas y grupos al nuevo sistema ético-político. Los estados nacionales fueron inaugurados mediante un acto central de tipo político, consistente en la formación de un gobierno y en la promulgación de una constitución y de leyes a que debían conformarse los comportamientos, relaciones y actividades. La forma integradora latinoamericana, sin rechazar por cierto la oportunidad de determinados actos de tipo jurídico predispuestos desde arriba, debiera organizarse,

adquirir formas y contenidos y conformar los comportamientos, desde abajo, esto es a través de un proceso muy complejo y multiforme de agregación social, cultural y política protagonizado por las comunidades y los grupos sociales de variados tipos que llegan a ser sujetos de nuevas relaciones sociales.

La nueva civilización latinoamericana será construida desde la base mediante la articulación organizativa y la unificación cultural de sus componentes individuales, comunitarios y colectivos. Desde las comunidades y organizaciones de base habrían de surgir nuevos grupos dirigentes así como los elaboradores de una cultura superior, que den coherencia y que potencien los movimientos históricamente significativos y los valores populares latinoamericanos, evitando la ruptura entre cultura culta y cultura popular, entre dirigentes y dirigidos.

Es obvio que una civilización no se construye arbitrariamente ni en base a proyectos inventados por personas o grupos más o menos distanciados de los reales problemas e intereses de la sociedad, sino a partir de iniciativas y procesos que partan de las fuerzas sociales existentes y que, comprendiendo los problemas derivados del fracaso de la civilización anterior, tengan posibilidades efectivas de darles solución. La nueva civilización, o está ya emergiendo desde la crisis de la anterior que hace surgir las orientaciones y las fuerzas constructoras de la nueva, o simplemente no podrá aparecer.

Y es aquí donde aparece la economía de solidaridad, que es realidad, y a la vez teoría y proyecto, como potencial elemento constituyente de una nueva civilización latinoamericana.

**¿Qué entendemos por economía de solidaridad, y por qué pensamos que ella es potencialmente articuladora de un gran proceso civilizatorio? ¿Por qué constituye, en palabras de Juan Pablo II, “la gran esperanza de América Latina”?**

Por economía de solidaridad entendemos la introducción de la solidaridad como elemento activo, fuerza productiva y matriz de relaciones y comportamientos económicos, en los procesos de producción, distribución, consumo y acumulación. Una presencia operante de la



solidaridad, no marginal sino central, suficiente para determinar el surgimiento de un nuevo modo de hacer economía, o sea el establecimiento de una racionalidad económica especial, distinta, alternativa, que da lugar: a nuevas formas de empresa basadas en la solidaridad y el trabajo; a nuevas formas de distribución que articulan relaciones de intercambio justas con relaciones de comensalidad, cooperación, reciprocidad y mutualismo; a nuevas formas de consumo que integran las necesidades comunitarias y sociales a una matriz de necesidades fundamentales para el desarrollo integral del hombre y la sociedad; y a un nuevo modo de acumulación, centrado en los conocimientos, las capacidades de trabajo, la creatividad social, la vida comunitaria y los valores humanos, capaz de asegurar un desarrollo sustentable social y ambientalmente.

Así concebida la economía de solidaridad, podemos reconocer en ella una dimensión de realidad actual, y una dimensión de proyecto..

La dimensión de realidad está dada por todas las experiencias, iniciativas, organizaciones y empresas que manifiestan al menos en algún grado, querer organizarse y operar con los criterios de la racionalidad económica solidaria.

Como realidad, hay que apreciar, además, una dimensión de movimiento social y de sector económico, dada por la convergencia de múltiples, plurales y diversificadas experiencias que surgen del protagonismo social en el enfrentamiento de los más graves problemas, desequilibrios y conflictos que afectan a la sociedad contemporánea, y que se agravan en el marco de su actual crisis. En este sentido, la economía de solidaridad es un proceso multifacético en el que confluye una pluralidad de caminos por los que transitan experiencias e iniciativas sociales muy variadas, pero que comparten la racionalidad de la economía solidaria. Ellos son:

· El camino de los pobres y excluidos, que buscan subsistir mediante iniciativas de economía informal y popular, una parte de las cuales se constituye como organizaciones económicas solidarias y de ayuda mutua, configurando una economía popular solidaria.

- El camino de los trabajadores, que aspiran a mejorar sus condiciones de trabajo, de vida y de ingresos sea al nivel del trabajo dependiente donde la solidaridad se manifiesta en sindicatos y gremios que incrementan su fuerza negociadora frente a los empleadores, sea al nivel del trabajo independiente donde la solidaridad valoriza la fuerza de trabajo a través de su organización autónoma y su gestión asociativa, configurando entre ambos niveles una economía del trabajo solidaria.

- El camino de la promoción social y de la solidaridad con los pobres, que se manifiesta en la creación de múltiples organizaciones no-gubernamentales, centros de servicios a la comunidad, grupos de apoyo, corporaciones y fundaciones sin fines de lucro y con objetivos sociales, que configuran una economía de donaciones y servicios solidaria.

- El camino de la participación social, a nivel barrial, comunal y de vecindad comunitaria, que se expresa en asociaciones, clubes, centros sociales, iniciativas de abastecimiento, de salud, de capacitación, de trabajo barrial, de madres, de jóvenes, etc., que mediante la asociación y la acción solidaria participan en la gestión de recursos locales disponibles, en la planificación de presupuestos y en la ejecución de planes de desarrollo comunales, todo lo cual configura la que podemos llamar una economía local y comunal solidaria.

- El camino de la acción transformadora y del desarrollo alternativo, en que la solidaridad se expresa en grupos, asociaciones y movimientos de los más variados tipos, los cuales se plantean contra el modelo económico imperante y buscan aportar al cambio social mediante iniciativas concretas en las que se experimentan nuevas formas de vivir, de relacionarse y de hacer las cosas; así se va configurando una cierta perspectiva de desarrollo alternativo solidario.

- El camino de las tecnologías apropiadas y del desarrollo local, que se propone rescatar formas tecnológicas antiguas y crear otras nuevas susceptibles de ser apropiadas por las comunidades locales, sea en el terreno de la construcción de viviendas, de los cultivos y crianzas orgánicas, de las energías limpias y renovables, eólica, solar, hídrica, etc., y cuyo aprovechamiento natural no es por las empresas capitalistas

sino por las iniciativas económicas comunitarias, de modo que contribuyen a configurar tecnologías de economía solidaria..

· El camino del cooperativismo, la autogestión y el mutualismo, que se constituyen como genuina economía de solidaridad en cuanto experimenten un proceso de renovación teórica y práctica que las lleve a recuperar su identidad original, superando las ineficiencias y distorsiones en que han caído como consecuencia del burocratismo interno, del acomodarse a las lógicas del mercado capitalista, y del ponerse al servicio de programas sociales y clientelares del Estado. Con tal orientación, constituyen una auténtica economía cooperativa y autogestionada solidaria.

· El camino de la ecología y del desarrollo sustentable, que tomando conciencia de que los deterioros del medio ambiente y los desequilibrios ecológicos son consecuencia de modos de producir, distribuir, consumir y acumular individualistas, competitivos y conflictivos, buscan formas económicas amigables y ecológicas, las cuales evidencian que solamente con el ejercicio de la cooperación y la solidaridad es posible que el intercambio del hombre con la naturaleza -que eso es la economía- no dañe sino que respete, proteja y recupere el medio ambiente. Así se configura y crece la búsqueda de una economía ecológica solidaria.

· El camino de la mujer y el de la familia, que en cuanto dan lugar a la formación de microemprendimientos de base familiar o basados en asociaciones con identidad de género, expresan solidaridad en sus modos de ser, de organizarse y de hacer economía. Podemos hablar de una economía familiar y de una economía de género solidarias.

· El camino de los pueblos originarios, que en los vastos y variados territorios latinoamericanos luchan por la subsistencia de sus comunidades mediante la recuperación o reafirmación de su identidad étnica y cultural, que se expresan en formas de trabajo que han sido siempre comunitarias y solidarias, constituyendo en consecuencia verdaderas economías indígenas solidarias.

· El camino de las búsquedas espirituales y religiosas, que viene siendo recorrido por grupos que conforme a sus respectivas fe y creencias

buscan vivir la fraternidad y solidaridad que están en la esencia de los mensajes espirituales y religiosos. Buscando vivir también en lo económico de manera consecuente con la fe y la ética que profesan, se han venido configurando economías budista, hinduista, cristiana solidarias.

### **Los pueblos aborígenes tras la recuperación de su identidad.**

En diversos países de América Latina, entre los grupos humanos que avanzan en la dirección de la economía de solidaridad, encontramos a los pueblos originarios del continente, las diversas comunidades indígenas que buscan rescatar sus propias culturas ancestrales y reconstituir sus tradicionales modos de vida.

Los grupos indígenas constituyen en América Latina una proporción significativa de la población. No se trata de un solo pueblo de características étnicas y culturales homogéneas, sino de un archipiélago de pueblos y comunidades que tienen cada uno su propia lengua, historia, cultura, religión y modos de vida. Ninguno de ellos conserva intactas sus tradiciones, que sufrieron el impacto en muchos casos devastador de la conquista y colonización y experimentaron sucesivamente los efectos desarticuladores de la subordinación a los Estados nacionales, de su contacto con la industrialización y de su interacción con los mercados modernos. Pero permanecen latentes y vigentes en ellos los valores estructurantes de sus culturas tradicionales.

En los últimos años los pueblos indígenas han visto acentuarse su marginación económica, social y cultural, como consecuencia de la reestructuración de las economías nacionales en el marco de los procesos de modernización y de los concomitantes esfuerzos tendientes a reinsertar las economías latinoamericanas en los mercados mundiales. Esta vivencia de la marginación está despertando en muchos de ellos cierta tendencia a revalorizar sus modos tradicionales de hacer economía, sea por reacción contra un modelo económico que los excluye o por la simple necesidad de subsistir en un contexto adverso. Es también la forma en que los mismos pueblos indígenas, o sectores dentro de ellos, reafirman

su identidad ante la amenaza que les plantea la homogenización cultural inducida por los medios de comunicación social. Esas culturas seculares, no obstante su progresiva desarticulación, conservan aún la vitalidad suficiente para proporcionar identidad social a esas comunidades y pueblos empobrecidos, que encuentran en ella también las motivaciones y fuerzas necesarias para luchar por su sobrevivencia.

El esfuerzo por recuperar sus valores e identidad cultural se vincula estrechamente a la revalorización de formas de trabajo, tecnología, organización, distribución y reproducción económica que objetivan aquella cultura. Formas económicas que se distinguen por consistentes elementos comunitarios y de integración solidaria. La consideración de ellos nos permite comprender cómo los mencionados procesos de recuperación de identidad cultural y económica implican un camino de acceso directo a la economía de solidaridad y trabajo.

Las economías de los pueblos originarios de América Latina se caracterizaban por tener como sujeto principal a la comunidad, integrada en base a formas de propiedad comunitaria, al trabajo colectivo y a relaciones de reciprocidad y cooperación. Esto puede apreciarse especialmente en la concepción de la producción y el trabajo de los pueblos andinos, para quienes el mundo no es un conjunto de materiales disponibles separados de los cuales se apropie el individuo y en los cuales despliegue sus capacidades transformadoras, sino un todo vivo, un mundo-animal que le exige respeto y cariño.

La importancia de la comunidad y la peculiar relación con la tierra propias de las culturas indígenas impide el establecimiento de formas de propiedad privada individual del principal de los medios de producción. El sentido mismo que entre ellos adquiere el concepto de «propiedad» es muy distinto al que deriva del derecho romano y que se ha difundido en nuestra civilización moderna: para ellos la tierra es madre proveedora y no solamente un factor de producción. Los animales, los árboles, los cultivos, son elementos integrantes de la comunidad y con ellos se establecen vínculos de intercambio vital que impiden su explotación con fines de enriquecimiento personal.

Producir es cultivar la vida del mundo, en la chacra, el ganado, la casa. La tierra, llamada Pachamama, es la madre universal de la vida y es su madre; sus frutos son vivos y son fuente de vida. El trabajo es más que una simple actividad productiva: es un culto religioso a la vida. La economía andina se desarrolla en su propio medio, el **ayllu**, que es un medio social y cultural, natural y religioso. Es su comunidad junto a todo su cosmos, e incluye la comunidad humana, la comunidad de huacas o deidades y la comunidad de la **sallqa** o naturaleza. En la cosmovisión andina la comunidad humana «hace chacra» a partir de la comunidad de la naturaleza bajo la tutela de la comunidad de **huacas**. Se trata de un encuentro y de un diálogo de intercambio y reciprocidad.

«Saber cultivar la vida» sería la definición andina de su propia tecnología. La producción no es transformación y dominio del mundo, sino «crianza de la vida», como ha sido bien caracterizada por el Dr. Juan Van Kessel.

Los elementos de la naturaleza y de la comunidad humana tienen todos su lado interior, su vida secreta, su propia personalidad capaz de comunicarse con el hombre a condición de que sepa tratarlas con sensibilidad, de que sepa respetarlas y recompensarlas adecuadamente. La producción debe contemplar el «pago de la tierra» según el principio de reciprocidad. Conscientes de la vida interior del mundo, los pueblos andinos acompañan todas sus actividades económicas con rituales de producción, sea para estimular simbólicamente el desarrollo de la vida criada, sea para agradecer y vitalizar a su vez el mundo. El trabajo y la producción son, a la vez, actividad práctica y culto sagrado. «La tierra no da así no más», es un dicho andino muy común. Llaman la atención las continuas expresiones cariñosas que utilizan en su trabajo. El indígena trabaja con el corazón y con cariño, siendo más una actividad espiritual que corporal, o mejor, ambas cosas simultáneamente.

¿Cómo funciona esta tecnología simbólica? Según Van Kessel, «es una tecnología que comprende un gran caudal de conocimientos y habilidades empíricas. Conocimientos de la agro-astronomía y del medio natural: la inmensa diversidad de tierras y aguas, la lectura sofisticada de indicadores climáticos, el comportamiento de plantas,

animales y aguas, la bondad de materiales constructivos y abonos. También habilidades en el uso productivo de estos elementos: en agricultura y ganadería, medicina humana y veterinaria, protección contra pestes y enfermedades, heladas y granizadas, sequías e inundaciones. La tecnología andina comprende una riqueza empírica insospechable de conocimiento y habilidades que investigadores y planificadores del desarrollo, encerrados en su etnocentrismo occidental, colonizador, no han podido apreciar jamás» (véase: Juan van Kessel y Dionisio Condori Cruz: *Criar la vida: trabajo y tecnología en el mundo andino*, Ed. Vivarium, Santiago, 1992; pp 154-158). El hombre andino - dice el autor- es un gran observador de la naturaleza y de las personas; desarrolla una acuciosa observación de los fenómenos naturales, pero no en una actitud fría e impersonal, sino en una relación cargada de afectividad y dedicación orientada a sentir la vida íntima de las cosas para entender su lenguaje secreto y sintonizarse delicadamente con ellas. Observa también la conducta y la acción, la fuerza y la debilidad de los hermanos, sus exigencias y sus motivos, su carácter y sus alianzas.

De los fenómenos y personas que observa efectúa una lectura mitológica que despliega comunitariamente. Todos los comuneros observan las señales y hacen la lectura de los indicadores, comentándolos entre ellos. La lectura es colectiva, descentralizada, igual que la interpretación. Esta sucede en un ambiente religioso y en ceremonias rituales colectivas, buscando siempre prever el futuro para protegerse y prepararse para el trabajo y la lucha por la vida, que es extraordinariamente dura en las condiciones geográficas en que se desenvuelve. El proceso de aprendizaje y trasmisión de conocimientos a las generaciones jóvenes es una iniciación en la vida profunda y secreta de la comunidad. La instrucción tecnológica es educación ética y formación religiosa. Los comuneros valorizan la tradición, y sus conversaciones versan sobre el pasado remoto o se vuelcan al recuerdo de hechos anecdóticos. Los hechos y experiencias del pasado tienen realidad y consistencia, mientras el futuro es desconocido pero se busca predecirlo y controlarlo a través de actos rituales y de trabajos preventivos.

Este conjunto de características de la tecnología andina incide en un alto grado de adecuación de la comunidad y su producción al medio ecológico que habita. Ella busca un equilibrio móvil y duradero entre el hombre y su medio, orientado a garantizar el bienestar de la comunidad. La tecnología simbólica constituye una actitud mental y ética del campesino que maneja sus técnicas de producción y que al mismo tiempo rinde culto tanto a la naturaleza como a la comunidad de deidades.

En la **distribución** de los productos económicos entre los distintos miembros de la comunidad y entre las distintas familias y comunidades que conforman un pueblo económicamente integrado, no predominan las relaciones comerciales sino relaciones de intercambio recíproco que buscan una equilibrada satisfacción de las necesidades fundamentales de todos, reconocidos como igualmente necesarios para la vida, conservación y reproducción de la comunidad en el tiempo. Mediante flujos de reciprocidad regulados por la tradición y las costumbres la comunidad busca asegurar el aporte de cada uno conforme a sus capacidades y la compensación de sus esfuerzos según sus necesidades.

Diferentes sistemas culturales y festivos introducen elementos de emulación y competencia: en ellos se celebran las personas, actividades y resultados de mayor eficiencia, aumentando el prestigio social de los más capaces y esforzados. Pero también se los compromete y hace responsables de proveer recursos necesarios para la convivencia y el progreso de la comunidad. Se establecen de este modo mecanismos de redistribución periódica de la riqueza, que impiden un excesivo distanciamiento entre personas y familias provistas de diferentes capacidades y grados de riqueza.

### **¿Tiene sentido hoy un proceso de recuperación de formas económicas tradicionales?**

Todos estos elementos y características definen un modo de hacer economía eminentemente solidario, que perduró por siglos hasta que el contacto con las economías mercantilistas modernas significó su desarticulación y parcial abandono. Ante los actuales incipientes



esfuerzos tendientes a recuperar sus contenidos y formas tradicionales, cabe plantearse unas interrogantes cruciales. Si este es un modo eficiente de organización económica ¿por qué no ha demostrado históricamente una adecuada capacidad de sostenimiento en la época moderna y una real capacidad de asegurar a esas comunidades que la han practicado, niveles satisfactorios de progreso y mejoramiento de sus condiciones de vida? Esos procesos tendientes a su recuperación ¿no implicarán el retorno a un pasado de pobreza y estancamiento?

En relación a estas preguntas, sin duda pertinentes, caben algunas consideraciones importantes. Una primera observación debe llevarnos a reconocer que la gran mayoría de las comunidades y pueblos indígenas de la región viven actualmente en muy precarias condiciones de vida y en niveles de desarrollo notablemente insuficientes. Ahora bien, este hecho innegable no puede ser atribuido a la parcial pervivencia de las formas comunitarias tradicionales de hacer economía, porque existe abundante evidencia que permite afirmar que estos pueblos experimentaron un proceso de pauperización después del advenimiento de las formas modernas de producción y mercado que impactaron esas economías tradicionales con efectos desarticuladores.

El nivel y calidad de vida, evaluado no en términos de posesión de dinero y productos típicamente modernos (que sería obviamente un modo incorrecto de comparar) sino conforme a parámetros de satisfacción personal y social de necesidades, de autonomía y control de las propias condiciones de vida, de integración social, eran sin duda superiores para esos pueblos cuando sus formas económicas distintivas se desplegaban coherentemente y sin las mencionadas interferencias de la modernidad.

El subdesarrollo y pobreza en que viven actualmente los pueblos indígenas es en gran parte atribuible al hecho que las formas económicas capitalistas los llevaron a una integración apenas parcial y subordinada en los mercados modernos, al mismo tiempo que a la desarticulación de sus formas tradicionales, con el resultado de que no han llegado a contar con los beneficios y oportunidades de aquellas ni de éstas.

Cabe también observar que esas economías tradicionales no eran estáticas y tenían capacidades de crecimiento y evolución progresiva. Dicha evolución se interrumpió bruscamente con la conquista y colonización europea, que junto al derrumbe demográfico de esos pueblos significó el quiebre de sus estructuras económicas y políticas. Aunque ya no es posible conocer el potencial de desarrollo endógeno de aquellas culturas y formas económicas, es obvio que en los varios siglos que han transcurrido desde entonces hubieran podido desplegar procesos de expansión, diversificación y perfeccionamiento que los hubieran llevado a alcanzar niveles y calidad de vida muy superiores a los que actualmente tienen los grupos étnicos descendientes de aquellas sociedades.

Pero como este potencial desarrollo no fue realizado, la pura recuperación de los contenidos y formas tradicionales de aquellas economías podría implicar un retorno al pasado que implique un retroceso histórico. Podría suceder algo así en el caso que dichos procesos de recuperación de identidad se efectuaran negando y contraponiéndose radicalmente a la modernidad, o si fueran entendidos como la simple reactivación de prácticas, costumbres, creencias, rituales y formas de producción ancestrales, en un vano esfuerzo por revivir lo que ya ha dejado de ser.

Pero hay otros modos de desplegar el proceso, en un sentido realista y con proyección de futuro. Se trataría, en lo fundamental, de revalorizar y dar nueva vida **a las formas de organización y a los contenidos sustanciales** de aquellas economías, que dan un sentido particularmente humano y comunitario al trabajo, la tecnología, la propiedad y la distribución. Tales son precisamente los aspectos que hacen de las economías originales de los pueblos indígenas expresiones cabales de economía de solidaridad y trabajo.

Es en éste sentido que nos referimos al camino de los pueblos antiguos hacia la economía de solidaridad y trabajo. En el encuentro de esos pueblos con los otros grupos humanos que convergen hacia ésta por sus propios caminos, será posible que se enriquezcan con el contacto e

intercambio que establezcan con experiencias y concepciones que recogen y elaboran las nuevas expresiones de una economía alternativa y de una civilización superior incipiente.

### **A modo de conclusión.**

De las reflexiones y análisis expuestos se perfilan respuestas incompletas pero iluminadoras, frente al inmenso desafío de superar las crisis que afectan desde sus raíces las estructuras económicas, políticas y culturales latinoamericanas. En particular, las perspectivas que abre la economía de solidaridad, y las enseñanzas que dejan las culturas andinas, delinean con claridad caminos seguros por los que es posible avanzar, e invitan simultáneamente a desplegar múltiples iniciativas prácticas y plurales elaboraciones teóricas, que irán estableciendo nuevas bases y levantando los pilares de una nueva civilización latinoamericana.